

DOCUMENTOS DE TRABAJO

LOS ACTUALES RETOS Y LA NUEVA AGENDA DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Ludolfo Paramio, Irene Ramos Vielba,
José Andrés Torres Mora e Ignacio Urquizu

www.fundacionideas.es

DT
05/2010

Ludolfo Paramio, patrono de la Fundación IDEAS. Profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Dirige el programa de América Latina del Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset desde 2008. Es autor de numerosos artículos sobre calidad de la democracia, historia política y desarrollo económico. Ha sido director del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno (2004-2008).

Irene Ramos Vielba, responsable del Área de Política, Ciudadanía e Igualdad de la Fundación IDEAS. Doctora en Ciencia Política y Sociología. Posee una amplia experiencia investigadora y ha publicado varios artículos y monografías. Ha sido *visiting fellow* en University of Western Sydney, Indiana University y Harvard University. Ha trabajado en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

José Andrés Torres Mora, patrono de la Fundación IDEAS. Doctor en Sociología y profesor titular de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Diputado del PSOE por Málaga y secretario ejecutivo de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE, ambos desde 2004. Actualmente es el portavoz de la Comisión de Cultura del grupo parlamentario socialista en el Congreso de los Diputados. Ha sido director del Colegio Mayor San Juan Evangelista.

Ignacio Urquizu, profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Doctor europeo en Sociología y doctor-miembro del Instituto Juan March. Ha sido *visiting fellow* en Harvard University (Boston, EE UU) e investigador visitante en European University Institute (Florencia, Italia) y University of Essex (Reino Unido). Colabora con la Fundación Alternativas y con la Secretaría de Organización del PSOE.

Publicaciones de la Fundación IDEAS

Informes: son análisis de mayor extensión llevados a cabo por equipos de científicos y expertos en los que la Fundación IDEAS refleja su posición.

Documentos de Trabajo: son análisis más breves llevados a cabo por equipos de científicos y expertos en los que la Fundación IDEAS refleja su posición.

Documentos de Debate: son documentos elaborados por científicos y expertos de la Fundación IDEAS y colaboradores externos que no necesariamente reflejan las posiciones de la Fundación.

Artículos de Análisis: son artículos de opinión donde el autor libremente expone sus puntos de vista sobre un asunto concreto, sin reflejar las posiciones de la Fundación.

Editado por Fundación IDEAS
c/ Gobelos 31, 28023 Madrid
Telf. +34 915 820 091
Fax. +34 915 820 090
www.fundacionideas.es

ISBN: 978-84-15018-37-7
Depósito legal: M-38968-2010

Abstract

Como consecuencia de la crisis económico-financiera global, en Europa los gobiernos experimentan fuertes presiones para realizar políticas de ajuste del gasto público. Ante esta situación, el primer desafío de la socialdemocracia consiste en reflexionar para proporcionar respuestas a los problemas reales, presentes y futuros. Partiendo de una revisión de los principales cambios sociales de las últimas décadas, este documento de trabajo examina la vigencia de los valores progresistas y analiza la nueva agenda política para identificar los retos y oportunidades de las políticas socialdemócratas, así como posibles elementos de mejora en la estrategia comunicativa que propicien una activa movilización social.

Índice

1. Introducción	7
2. Los cambios sociales.....	9
3. Valores y objetivos de la izquierda	17
4. Las políticas socialdemócratas.....	23
5. Comunicación y movilización social	32
6. Conclusiones.....	42
7. Referencias	44

1**Introducción**

El reciente contexto de crisis múltiple (financiera, económica, social y medioambiental) ha propiciado que el capitalismo se encuentre inmerso en un proceso de profundas transformaciones en las sociedades modernas. Bajo esas coordenadas, el primer reto al que ha de hacer frente la socialdemocracia europea consiste, precisamente, en aprovechar esta coyuntura como una oportunidad para reflexionar con detenimiento y proporcionar respuestas a los problemas reales presentes y futuros. Estas respuestas, necesariamente, han de ser complejas, por lo que resulta crucial saber desgranarlas, hacerlas operativas y explicarlas adecuadamente, especialmente para combatir la vulnerabilidad de una parte del electorado de izquierdas (las clases trabajadoras y, particularmente, aquellas con bajo nivel de cualificación y recursos escasos) que se ha visto más afectado por los devastadores efectos de la crisis.

Las características de la crisis actual han mostrado además la necesidad de construir una nueva gobernanza de la economía global. Para salir de la recesión ha sido inevitable impulsar el gasto y la inversión, aun al precio de hacer crecer el déficit. Pero la ausencia de coordinación fiscal en la Unión Europea ha hecho vulnerables a los países del sur de Europa frente a los mercados globales. Esa vulnerabilidad es más grave por la falta de una regulación efectiva que impida los movimientos claramente especulativos. La Unión Europea ha dado un paso muy importante hacia un mejor gobierno económico con la decisión de crear un mecanismo europeo de estabilización, pero es necesario llegar a acuerdos globales de regulación de los mercados financieros para evitar que puedan imponerse a los gobiernos democráticos.

Las posibilidades de evolución del paradigma imperante mediante la combinación de justicia social, dinamismo económico y modernización social han de inspirar una ambiciosa agenda de reformas socialdemócratas. Dicha agenda parte de la reafirmación

y vigencia de los valores identificativos del movimiento socialdemócrata (igualdad, Estado de bienestar, política social, solidaridad, garantía de derechos civiles, políticos y socioeconómicos, participación ciudadana). Estos principios se redimensionan en algunos aspectos y se complementan con una decidida apuesta de futuro por la prosperidad y el desarrollo sostenible. En segundo lugar, las políticas y los programas de modernización adaptan las instituciones y los mecanismos a condiciones cambiantes, pero manteniendo el nivel de protección de las clases medias-bajas. Todo ello exige, en último término, la reformulación del discurso para favorecer el respaldo social a los planteamientos socialdemócratas.

El presente documento de trabajo presenta un ensayo sobre los retos y la nueva agenda de la socialdemocracia para, desde una perspectiva nacional, contribuir al debate general que la situación actual suscita. Con ese propósito se abordan cuatro aspectos esenciales: los cambios sociales, valores y objetivos de la izquierda, las políticas socialdemócratas, comunicación y movilización social. La amplitud del enfoque permite realizar un recorrido selectivo por algunas de las cuestiones que se consideran fundamentales para el futuro más inmediato. El documento final integra las aportaciones realizadas por varios expertos procedentes de diferentes ámbitos (académico, político y social). Estas contribuciones se han realizado en el marco de sendos grupos de trabajo que tuvieron lugar en la sede de la Fundación IDEAS¹.

1 El primero de ellos se desarrolló en enero de 2010 junto con la presentación del libro “La socialdemocracia”, de Ludolfo Paramio. Aquel debate supuso el punto de partida del análisis posterior. Una vez elaborado un borrador, se sometió a discusión en el segundo grupo de trabajo (junio de 2010). Agradecemos muy especialmente la colaboración activa, el estímulo y las opiniones de los participantes.

2

Los cambios sociales

A lo largo de los años sesenta del siglo pasado se hizo evidente un cambio social profundo, como consecuencia del prolongado crecimiento económico de la posguerra y de un aumento en los derechos sociales ligado en los países desarrollados a la construcción del Estado de bienestar. La primera generación de jóvenes crecida durante ese periodo, liberada de la escasez y con altas oportunidades educativas y de empleo, tomó distancia de los valores y normas de la generación anterior, la de la reconstrucción tras la guerra en el caso europeo.

Los jóvenes de los años sesenta ya no se sentían atados a su familia o a una identidad social (de clase). Las buenas perspectivas de empleo les permitían planear su vida sin necesidad de repetir la trayectoria de sus padres o de buscar tempranamente un trabajo que prefigurara su biografía futura. Esto implicaba un gran sentimiento de autonomía individual, que les llevaba a poner en duda los valores tradicionales, a chocar con las normas sociales de carácter más jerárquico, y a enfrentarse con el principio de autoridad.

Estos cambios no solo explicarían las revueltas de los últimos años sesenta, sino también los cambios culturales que las acompañan y que se extienden al conjunto de la sociedad en años sucesivos: un mayor individualismo, la búsqueda del disfrute inmediato –y del consumo frente al ahorro–, y la emergencia de lo que se han denominado valores “posmaterialistas”: la libertad y la calidad de vida por encima de la seguridad y los ingresos (Inglehart, 1977; Abramson e Inglehart, 1992).

En ese contexto surgen los nuevos movimientos sociales. Mientras que el pacifismo puede entenderse como respuesta a un problema de la época –el temor a una guerra nuclear entre los bloques–, también refleja una valoración de la vida por encima de

las ideologías que justificarían la guerra. El ecologismo, aunque pronto toma la forma de una visión del mundo que privilegia la idea de naturaleza y la defensa de lo natural, es también reflejo de la búsqueda de una mayor calidad de vida, no supeditada a la acumulación de bienes materiales.

El feminismo merece atención especial por la dinámica social que puso en marcha y que se ha convertido en la mayor revolución del siglo pasado. La búsqueda de una mayor libertad choca, en el caso de las mujeres, con la existencia de una desigualdad de derechos inexplicable desde una perspectiva liberal, pero que la izquierda no había asumido como prioridad en su proyecto de creación de una sociedad más justa. Y al intentar explicar y poner fin a esa desigualdad, el feminismo revela el carácter patriarcal (androcéntrico) del orden social.

Paradójicamente, los años setenta traen una crisis económica estructural que pone fin a los años de crecimiento de la posguerra. La ruptura del régimen internacional de Bretton Woods y la drástica elevación de los precios del petróleo —como consecuencia de la guerra del Yom Kipur de 1973— provocaron una combinación de inflación y estancamiento que hacía inviable la gestión keynesiana de la demanda que había sido la principal herramienta de los gobiernos para asegurar el crecimiento y el empleo.

En este nuevo escenario reapareció el pensamiento económico conservador con la idea central de liberar a los mercados de la intervención estatal y de las rigideces que introducen en el mercado de trabajo los sindicatos y la negociación colectiva.

La implicación de la economía neoconservadora suponía que para frenar la inflación y recuperar la rentabilidad de las empresas era necesario pasar por una fase recesiva: la elevación de los tipos de interés produjo desempleo en Gran Bretaña y Estados Unidos y, en medio de un fuerte crecimiento del desempleo, los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan iniciaron una política de enfrentamiento con los sindicatos para debilitarlos y reducir la legislación laboral que veían como un obstáculo para el crecimiento.

El ascenso de la ideología y los liderazgos neconservadores —hasta lo que ahora llamamos neoliberalismo— fue consecuencia no solo de la impotencia de la política keynesiana en la nueva coyuntura económica, sino también de la búsqueda de certidumbres y orden por muchos ciudadanos afectados por la crisis y por la inflación. En medio de una situación de caos como la que supuso el “invierno del descontento” en el Reino Unido, fue fácil convencer a un gran sector de la opinión pública de la responsabilidad de los sindicatos y de la necesidad de un liderazgo fuerte que restableciera el orden.

Con el fin del “consenso keynesiano” el motor del crecimiento económico pasó del mercado interno al mercado global, y se acentuaron las tendencias a la desregulación de los mercados financieros y a la liberalización del comercio. La búsqueda de una competitividad global, que podía alcanzarse en teoría mediante la inversión y el desarrollo tecnológicos, pasó en muchos casos por la vía de la reducción de los costes salariales. Las grandes empresas deslocalizaron partes crecientes de su producción a países de bajos salarios y aparecieron nuevas empresas basadas en el trabajo temporal y barato.

En los años sesenta los trabajadores de las grandes empresas podían contar con salarios altos y perspectivas de estabilidad en el empleo y de mejora de su capacidad adquisitiva. Además, en Estados Unidos tenían acceso a la sanidad gracias a seguros contratados por las empresas. A partir de los años ochenta todo eso cambió: las reducciones de empleo se convirtieron en un mecanismo habitual de ajuste para ganar competitividad, los salarios se estancaron y cayó el número de trabajadores con empleo estable en grandes empresas.

La primera consecuencia de las nuevas tendencias fue la erosión de las bases sociales de la socialdemocracia. Por una parte, la caída del empleo estable y el debilitamiento de los sindicatos afectaban a los trabajadores, y en tal sentido socavaban su apoyo a la izquierda política, que no parecía capaz de ofrecerles alternativas. Por otra parte, las clases medias, tras el clima de inflación y subidas impositivas de los años setenta, vieron una alternativa a la “coalición socialdemócrata” en el nuevo modelo, que implicaba recortes de los impuestos y alternativas de pago a los servicios que ofrecía el Estado.

Socialmente se ha producido una escisión de la sociedad entre ganadores y perdedores con el nuevo modelo. Entre los ganadores no solo están los directivos empresariales y accionistas de las empresas globalmente competitivas, sino también los profesionales y trabajadores que, o bien trabajan para ellas o bien están a salvo de la nueva competencia, por formar parte de la administración pública o por estar insertos en nichos protegidos de mercado.

Inicialmente entre los perdedores se encontraban los trabajadores de baja cualificación y los que pese a su experiencia no encontraban sitio en la nueva economía. Pero a lo largo de los últimos treinta años se ha ido creando una nueva capa de perdedores: jóvenes con buena preparación que no encuentran un empleo estable y bien remunerado. Los “milleuristas” son ya un fenómeno revelador de los límites del modelo neoliberal, y muestran también que no basta con una mayor cualificación para abrirse paso en él.

La exclusión de buena parte de la juventud afecta directamente a las clases medias, ya que se trata en muchos casos de sus hijos. La inversión en su educación –que a menudo incluye la elección de colegios de pago– se revela insuficiente para garantizarles los ingresos y las posibilidades de empleo que les permitirían mantener el estatus de clase media o acceder a él. Resulta así que las oportunidades no están ligadas a la formación sino a las “relaciones”, a moverse en los medios adecuados y en las redes de los ganadores: los mileuristas son quienes por su origen social se quedan fuera de esas redes.

La conciencia de esta limitación podría conducir a algunos sectores de las clases medias a apoyar un modelo más cohesionado de sociedad, pero en ausencia de una alternativa clara, por el contrario, refuerzan la tendencia favorable a la educación privada como medio de obtener no una mejor formación, sino una red de amistades y contactos entre los ganadores. De esta forma la escisión social tiende a perpetuarse, y la enseñanza pública pierde su valor de espacio de socialización interclasista, creador de ciudadanos.

Este proceso se hace aún más grave si se consideran los efectos de la inmigración. Mientras que los inmigrantes de baja cualificación –y bastantes de alta– solo encuentran trabajo en puestos de baja remuneración, muchos vienen a las sociedades acomodadas con la esperanza de la mejora social de sus hijos. Pero la fuga de las clases medias de la enseñanza pública conduce a una imagen negativa de ésta, que pasa a asociarse injustamente con malos resultados escolares y, sobre todo, con un entorno social inadecuado y conflictivo.

A su vez, la escisión social característica del nuevo modelo económico penaliza de forma especial a los jóvenes inmigrantes de segunda generación, afectados por una discriminación más o menos explícita si existen diferencias étnicas que los singularizan. El malestar de los jóvenes de los suburbios franceses con alta proporción de magrebíes resulta revelador. Por otro lado, las barreras a la movilidad vertical llevan al enquistamiento cultural de quienes se sienten excluidos, lo que provoca la fragmentación multicultural de la sociedad y refuerza la tendencia a la formación de guetos.

Por su lado, los trabajadores, sobre todo los descualificados, pero en general las familias de bajos ingresos, sufren especialmente la incertidumbre creada por las escasas oportunidades de mejora laboral y el temor a perder el empleo. En muchos casos, viven además la presencia de los inmigrantes como una competencia por los recursos públicos, tanto en la escuela pública como en el acceso a la sanidad, y ello les hace susceptibles de ser atraídos por mensajes de corte xenófobo y, en general, hacia discursos populistas.

La incertidumbre de estos sectores de bajos ingresos aumenta ante la llamada que se hace a los gobiernos para realizar “reformas estructurales”. Con razón o sin ella, temen que tales reformas afecten a sus futuras pensiones o a sus frágiles empleos. Lo que para los sectores asentados en la nueva economía aparece como desaparición de precios abusivos o mejora de los servicios públicos, para las familias más inseguras toma la forma de una amenaza, sin ver posibilidades de mantener su nivel de vida –a menudo precario– y menos aún de que la posición social de sus hijos pueda mejorar.

Estos cambios sociales, y los temores que llevan aparejados entre quienes se sienten perdedores en ellos, se han producido en el contexto del cambio cultural y de valores patentes desde los conflictos generacionales de los años sesenta. El mayor individualismo significa que las identidades colectivas heredadas –la familia o la clase social– pesan menos que los proyectos personales. Pero frente a un entorno económico y social incierto, frente a un mundo en cambio, existe una necesidad de incorporarse a nuevas identidades colectivas.

Los movimientos sociales, la etnicidad o las religiones, no solo expresan creencias y demandas, sino que también constituyen nuevas identidades colectivas que ofrecen a las personas un lugar en el mundo desde el que interpretar su situación y sus problemas. Estas identidades no son necesariamente únicas, sino que a menudo una misma persona comparte varias de índole distinta y en función de sus propios roles sociales. Se puede tener un sentimiento de pertenencia nacional –o varios solapados–, una identidad social –como parte de un colectivo agraviado o emergente–, una identidad ideológica en el plano político, en referencia a problemas sociales concretos –ecología o igualdad de derechos entre mujeres y hombres– o en referencia a un proyecto partidario.

Sin embargo, la identificación política tradicional con una ideología y un partido ha perdido peso. Existen varias razones para ello y la primera es la mayor autonomía personal frente a la familia. Hasta los años sesenta se podía pensar que la socialización política se producía en el seno de la familia y que, hasta cierto punto, las identidades políticas se heredaban. Ahora es evidente que no sucede así: los valores familiares compiten con los del grupo de pares y con la influencia de los medios de comunicación masiva, lo que podemos llamar el entorno virtual.

La televisión y los medios digitales son hoy la primera fuente de información política, y pesan con frecuencia más que las opiniones y valores familiares, entre otras razones porque la vida familiar se fragmenta –con la incorporación de las mujeres al trabajo– en función de los distintos horarios y preferencias. La multiplicación de los

medios significa que tampoco se recibe la misma información: cada miembro de la familia puede seleccionar sus propios canales si dispone de horarios distintos o accesos independientes.

Así, los grupos de pares —en la enseñanza, el trabajo o el tiempo libre— y el entorno mediático compiten como fuente de socialización con la familia, y ésta puede funcionar más como un conjunto de relaciones bipersonales que como un entorno homogéneo, por lo que su peso se reduce. Puede suceder, por tanto, que las identidades sociales y políticas, incluso si pasan inicialmente por la transmisión familiar, sean mucho más débiles y erosionables frente a las opiniones de los pares o la información recibida por los medios.

Esto significa que en la sociedad de hoy los alineamientos ideológicos y políticos pasarán en general menos sobre las identidades personales para definir compromisos posteriores, y que serán además más frágiles o volátiles. En el caso de las identidades de clase, es obvio que el cambio social ha creado un nuevo urbanismo en el que conviven grupos sociales más o menos homogéneos en términos de ingreso, pero con orígenes y expectativas diferentes, lo que se traduce en heterogeneidad de los grupos de pares ya desde la escuela.

Por otro lado, como se señalaba anteriormente, el peso social de la clase trabajadora manual ha disminuido por la desaparición, fragmentación o deslocalización de las grandes empresas industriales. Eso significa normalmente una reducción en el número de los trabajadores de la industria frente a los servicios, pero sobre todo afecta al imaginario colectivo. La imagen del trabajador industrial deja de ser un referente, un ejemplo de trabajo estable bien remunerado, para pasar a ser el de un conjunto de colectivos amenazados por las reestructuraciones, por la pérdida del empleo o la pérdida de poder adquisitivo.

Los sindicatos han sufrido además un brutal desgaste de su propia credibilidad. La ofensiva neoconservadora se valió de los costes sociales de las luchas sindicales defensivas no solo para debilitar (políticamente) a los sindicatos, sino sobre todo para presentarlos como entes decimonónicos, obstáculos para el progreso y defensores de privilegios.

Esta imagen se ha visto agravada por los cambios posteriores. La extensión del trabajo precario deja sin incentivos para sindicalizarse a un número creciente de trabajadores, sobre todo jóvenes, y presenta un serio problema para la acción sindical, que debe tomar en cuenta los intereses de este sector creciente de la clase trabajadora sin poner en peligro los de la clase trabajadora “regular”, los de los trabajadores con

empleo fijo para los que la “flexibilización” supone ante todo un asalto a sus derechos laborales.

Todo esto significa que la socialdemocracia en la actualidad no puede confiar en repetir la experiencia de la coalición socialdemócrata de posguerra en los mismos términos en que se forjó aquella. El apoyo político de los trabajadores no puede darse por hecho, en la medida en que amplios sectores de esa clase no están organizados en sindicatos ni tampoco están identificados –en un sentido fuerte– con los partidos socialdemócratas.

Tampoco las clases medias se inclinan, tras los treinta años del ciclo conservador, por confiar en el modelo socialdemócrata de educación y sanidad públicas. Incluso si son partidarios de su existencia, es improbable que confíen en los servicios públicos para ellos y para sus hijos, y no aceptarían sin garantías una mayor presión fiscal para financiarlos. En este sentido, es preciso argumentar públicamente la necesidad de tales servicios, y de mejorar su calidad y su alcance, e invertir su muy extendida imagen de último recurso para las rentas bajas.

La herencia del neoliberalismo, pese a la crisis de 2008, permea los valores y preferencias de buena parte de las clases medias. La clase trabajadora está fragmentada y menos anclada políticamente en los partidos de izquierda. Y, por otro lado, lograr su apoyo en un momento electoral decisivo ya no garantiza una identificación duradera y estable, como se supone que antes sucedía.

El desafío para la socialdemocracia es tratar de recrear la coalición de trabajadores y clases medias en unas condiciones sociales muy diferentes a las clásicas, lo que implica un mensaje diferenciado y coherente para los trabajadores estables, para los trabajadores precarios y para las clases medias amenazadas por la crisis, pero también para las clases medias y los trabajadores insertos y ganadores en la competencia global.

La crisis de 2008 ha hecho evidente la necesidad de un cambio de modelo, pero eso no significa que sea fácil pensar en un modelo alternativo y hacerlo verosímil para los electores. Dos años después del comienzo de la crisis, se ha avanzado poco hacia una regulación de los mismos mercados financieros cuyos excesos la provocaron. En la Unión Europea se han debido recortar las políticas de estímulo fiscal para lograr la recuperación, a consecuencia de la especulación contra la deuda soberana de los países que han incurrido en déficits altos.

La ausencia de instituciones de coordinación fiscal –en abierto contraste con la unidad monetaria– se ha traducido en una respuesta tardía y en la imposición paralela

de políticas de ajuste que perjudican la recuperación y, al sembrar dudas sobre el crecimiento, pueden ser incapaces de resolver la crisis de la deuda, trasladando el problema del crecimiento del déficit a la dificultad para reducirlo en condiciones de escaso crecimiento económico.

Sin resolver los problemas institucionales de la Unión Europea, las incertidumbres económicas seguirán pesando decisivamente sobre los electores. Los problemas estructurales a largo plazo –el envejecimiento de la población– pueden ser utilizados por el pensamiento conservador para justificar recortes del gasto social y acentuar la escisión entre ganadores y perdedores dentro de las sociedades europeas.

Por tanto, la agenda de la socialdemocracia europea debe tomar en cuenta la construcción institucional de la Unión Europea a la vez que las políticas nacionales. Lograr credibilidad frente a los distintos electorados nacionales exige ofrecerles un modelo creíble de sociedad cohesionada y a la vez competitiva y fiscalmente viable, que responda a las necesidades y expectativas de las clases medias y de las clases trabajadoras, y que sea atractiva para las personas, para los electores individuales, independientemente de su origen y su posición social.

3

Valores y objetivos de la izquierda

El nacimiento del socialismo como movimiento político tiene mucho que ver con la fábrica, con la extensión del fordismo y el taylorismo como formas de organización del trabajo. Los trabajadores supieron leer perfectamente lo que significaba el proceso de homogeneización de las condiciones de vida y trabajo que impone la fábrica capitalista. La clase y, sobre todo, la conciencia de clase están ligadas a este proceso de homogeneización social que supone la extensión de la industria capitalista. Pero lo que hace poderoso al proyecto socialista es que no se queda ahí, en la conciencia de sus intereses particulares, por muy comunes y muy extendidos que estén. Lo que hace poderoso al socialismo no es ganar algo más en el tira y afloja de las relaciones de mercado, sino la inteligencia y la voluntad de pensar un orden social, de plantearse un proyecto alternativo de justicia social.

El Estado del bienestar es el paradójico fruto universalista de una semilla corporativa. Fueron los trabajadores quienes para defender sus intereses dieron lugar a un modelo de sociedad que extiende su manto protector a cualquiera de sus miembros en virtud de su condición de ciudadanos. Es esa transformación de la realidad la que necesita una fundamentación filosófica que sustente y explique el proyecto socialista no solo en los intereses corporativos, sino muy especialmente en el ideal de ciudadanía.

A ello contribuye la ruptura de la experiencia de homogeneidad de condiciones de vida y trabajo de la clase obrera como consecuencia de la transformación y disminución de la importancia de la fábrica fordista. El proceso de externalización de la producción, la aparición de subcontratas, el paso del taylorismo al toyotismo en los métodos de trabajo, rompen la comunidad obrera. Los barrios se parecen cada vez menos a pueblos y cada vez más a estaciones de metro o de ferrocarril, lugares en los

que se cruzan multitud de personas sin que lleguen a formar comunidades capaces de articularse políticamente. La modernidad trae también una ruptura de las jerarquías sociales, de las escalas de valores, de la coherencia de los intereses individuales. Una sociedad constituida por tanta diversidad como las sociedades modernas deviene casi inevitablemente en una pluralidad de identidades, intereses y opiniones, a la que solo la deliberación democrática puede dar coherencia.

El proyecto de una sociedad en la que impere la igual libertad de sus miembros y la justicia social que siempre ha inspirado al socialismo encuentra en la política, como ámbito, y en la ciudadanía, como sujeto de acción política, una nueva y más poderosa forma de realización. Nuestro proyecto político no puede deducirse de una manera mecánica y necesaria de la configuración de la estructura social, sino que solo puede nacer de la libre deliberación democrática y cuyo destino siempre está expuesto a la contingencia de la política.

Lo común, lo que nos eleva sobre nuestra diversidad constitutiva como personas, es nuestra condición de ciudadanos. Lo común, lo que nos eleva sobre la diversidad constitutiva de nuestras sociedades, es la política. El socialismo del presente y del futuro que podemos atisbar desde aquí es el socialismo de los ciudadanos, o de la ciudadanía, un ideal cívico, capaz de integrar las diversas condiciones sociales explotadas u oprimidas.

El sentido de la política es la libertad, la autonomía nace de la ausencia de determinación. Si podemos darnos nuestras propias leyes es porque no hay otras, ni naturales, ni sobrenaturales que nos determinen. El socialismo como ideal político es un ideal abierto, no hay una doctrina a la que podamos acudir como se acude a unas Escrituras. Finalmente, lo único que tenemos es el consenso largamente constituido a lo largo de más de un siglo. Un consenso que conserva una identidad y unos valores esenciales, pero que ha variado extraordinariamente su plasmación en la práctica.

Ocurre que los valores tienen mucha fuerza pero poca precisión. La libertad, la igualdad, los grandes valores políticos son capaces de movilizarnos más que ningún otro motor, incluso más que nuestro interés particular o corporativo. Los principios constituyen el sentido de la acción política. Sin valores la política se vuelve ininteligible. Los valores señalan el lugar al que hemos de ir, pero ni nos indican el camino ni lo iluminan. Los valores son tan necesarios como insuficientes a la hora de la acción política. Por eso, aunque imprescindibles, los valores no bastan para definir la ideología de las políticas o de las personas.

En la política práctica, es decir, a la hora de definir y tomar medidas concretas, sistemas de valores aparentemente coherentes entran en contradicción: lo bello, lo justo y lo bueno no van parejos la mayor parte de las veces. Según esta explicación, sería la complejidad de las políticas la que haría confusa la clasificación ideológica de las mismas, ya que una misma política pueda llevar en su seno valores muy diversos.

Otra explicación de la inconsistencia entre la identidad ideológica y la defensa de determinadas políticas es que izquierda y derecha comparten valores importantes. La laicidad es un valor que en España atribuimos a posiciones de izquierda. En Francia, sin embargo, la derecha reivindica su laicidad como una poderosa seña de su identidad política. En Estados Unidos, por el contrario, derecha e izquierda comparten una retórica que continuamente mezcla religión y política, religión y nación.

En las últimas décadas el medio ambiente y los valores ligados al mismo han entrado a formar parte del debate y de la identidad política de la ciudadanía. Es cierto que la izquierda ha mostrado más sensibilidad ante estos temas, pero es fácil encontrar a muchas personas de derechas contrarias a la energía nuclear, al urbanismo desaforado o a la fiesta de los toros. Es posible que no sean posiciones mayoritarias en la derecha, pero son significativas en su número. En todo caso, no hay una razón ontológica que obligue a la derecha a estar a favor de la caza, de la energía nuclear o de la urbanización descontrolada.

A la religión, el nacionalismo y la ecología, se asocian valores muy relevantes en el debate político, pero menos delimitadores de lo que cabría esperar a la hora de definir posiciones ideológicas de izquierda y de derecha, y eso tiene consecuencias prácticas al tratar de clasificar las personas y de calificar las políticas.

Si elevamos nuestro nivel de abstracción y nos acercamos a los grandes valores políticos, como la libertad, la igualdad y la solidaridad, vemos que son valores heredados de la tradición liberal, si bien es cierto que la izquierda los reivindica como propios con tanta o más pasión que la derecha, y seguramente con más motivos. En este nivel de abstracción, y a la hora de establecer los valores políticos que la definen, es frecuente oír a la izquierda elegir la igualdad como su principal seña de identidad. Con la misma frecuencia, la derecha reivindica la libertad como su valor más relevante y se declara su principal defensora. Sin embargo, a poco que profundicemos, descubriremos que no es en la jerarquización de ambos valores donde hallaremos la diferencia.

Evidentemente, la igualdad a la que alude la izquierda como elemento diferenciador no es la igualdad ante la ley, un valor que comparte plenamente la derecha, al menos

en su formulación filosófica. A veces se ha querido buscar la diferencia adjetivando la igualdad como real o material. El riesgo entonces es el de la uniformidad, un riesgo que ha sabido explotar muy bien la derecha al señalar el peligro totalitario que esa concepción de la igualdad como uniformidad entraña. La uniformidad, la igualdad obligatoria de resultados, chocan con la diversidad y la libertad humanas.

Cuando se pregunta qué pretende igualar la izquierda, una respuesta frecuente es la referida a las oportunidades. Igualdad como igualdad de oportunidades. Sin embargo, la igualdad de oportunidades no es en absoluto un valor exclusivo de la izquierda, sino que responde a valores de la burguesía revolucionaria contra el estamentalismo feudal. De tal modo que al defensor de la igualdad de oportunidades le resulta indiferente si hay posiciones explotadoras y explotadas, o dominadoras y dominadas con tal de que el mecanismo de acceso a esas posiciones sea justo. Es más, la igualdad de oportunidades, por sí sola, puede ser un mecanismo de legitimación de otras desigualdades. La meritocracia puede convertirse en una justificación del dominio injusto y arbitrario por la sencilla razón de que el que explota o domina alcanzó su posición mediante el esfuerzo y no mediante la herencia. El debate meritocrático se centra en la justicia del procedimiento por el que se ocupan las diversas posiciones sociales, no sobre la justicia de la existencia de esas posiciones sociales en sí mismas.

Sin duda, en el debate sobre la justicia del orden social, la igualdad de oportunidades es un elemento importante, pero no basta con igualar las oportunidades para que el orden social sea justo. Es evidente que, frente a una derecha feudal, la igualdad de oportunidades es una bandera progresista. La igualdad de oportunidades es, sin embargo, una condición necesaria pero no suficiente. Volver la mirada hacia la igualdad de resultados nos sitúa de nuevo frente a otras formas de injusticia y de dominación. Igualar en el sentido de homogeneizar completamente la estructura social o de eliminar cualquier tipo de diferencias, termina por destruir los incentivos al esfuerzo y a la creatividad, acaba por aplastar la naturaleza humana tanto como lo hace la desigualdad. Pero si el objetivo no es igualar los sueldos, las ropas o las casas, y no nos basta con igualar las oportunidades ¿qué es lo que queremos igualar?

La respuesta se encuentra de forma clara en la tradición del socialismo democrático y en la tradición más antigua del republicanismo cívico: la igual libertad. Intuitivamente comprendemos que la desigualdad es más inaceptable cuanto más esencial es el bien de que se trate, no nos parece igual de injusta la desigualdad para elegir el lugar de vacaciones que la desigualdad para elegir los estudios universitarios, por eso los socialistas queremos igualar el bien más importante que poseemos los humanos, la libertad. Es el ideal de la igual libertad el que mejor define la tradición política del socialismo democrático. Es en el debate en el seno de la izquierda a principios del

siglo XX donde se aclara de manera más rotunda la libertad como seña de identidad política del socialismo democrático. Si no hay libertad, no es socialismo. El socialismo democrático combatía el totalitarismo en la izquierda ya antes de que la derecha se hiciera totalitaria.

La izquierda no democrática perdió el debate político y el apoyo ciudadano, de igual manera que lo perdió la derecha totalitaria. La esencia de la propuesta totalitaria es que hay un camino no político al paraíso social, que hay un camino técnico. Un camino que evita el debate, la incertidumbre y el conflicto políticos, que solo exige obediencia a los expertos. Una concepción que todavía comparte una parte significativa de la derecha, organicista primero, y tecnocrática después, pero siempre antipolítica.

El ideal de libertad sigue distinguiendo a la socialdemocracia de las tradiciones autoritarias de derechas y de izquierdas. También el ideal democrático sigue siendo un valor relevante en la actualidad. Tras los ataques a la política, tras la exigencia de consensos políticos en nombre de armonías sociales inexistentes, late el viejo sueño organicista de las utopías totalitarias: la negación de la diversidad y la contradicción de intereses en una sociedad libre. Pero, por más que aparezcan una y otra vez, no son esas tradiciones los principales competidores ideológicos de la socialdemocracia. El éxito electoral de la derecha en las tres últimas décadas responde a su capacidad de convencer al electorado de que es capaz de proveer de mayor libertad individual a los ciudadanos de nuestras sociedades. Es en el campo de la libertad en el que la derecha democrática ha lanzado su mayor y más exitoso desafío a la izquierda democrática. Pero ese debería ser el terreno más propicio para el socialismo, porque socialismo es libertad.

¿De qué ideal de libertad hablamos? La propuesta neoliberal de libertad es la no interferencia. Es un ideal basado en la ausencia de gobierno, o en la existencia de un gobierno mínimo. Una sociedad regida por el mercado, que es aceptado como una fuerza natural y, por tanto, una fuerza que no limita la libertad humana en el mismo sentido en que no la limita una tormenta. La derecha naturaliza el orden social. El ideal de libertad de la derecha neoliberal consiste en la libertad del hombre solitario en su isla, es un ideal de libertad en ausencia de los demás. En la práctica el mercado sin Estado da lugar a una anarquía de derechas, la utopía de una sociedad sin leyes que finalmente se somete a una única ley, la ley del más fuerte, o del más rico.

El ideal socialista de libertad es un ideal social, un ideal de libertad no en ausencia de los demás, sino en su presencia. No se trata tanto de ser libres entendido como hacer nuestro capricho, sino ser libres entendido como no estar expuestos al capricho de

nadie, ser libres por no ser vulnerables a la voluntad arbitraria de ningún poder. La libertad como no dominación, la libertad entendida como no tener dueño, es un ideal más exigente que el ideal de la no interferencia. Cuando las creencias de nuestro jefe pueden poner en peligro nuestra carrera laboral, no es necesario que él haga nada para que nosotros ocultemos nuestras preferencias políticas, nuestras creencias religiosas o nuestra identidad sexual. No es necesario que él interfiera efectivamente para que nuestra libertad peligre, para que nosotros ocultemos preventivamente nuestras opiniones o nuestra propia naturaleza. El ideal de libertad de la tradición del republicanismo cívico, la libertad como no dominación exige un orden social en el que nada tengamos que temer del capricho arbitrario de ningún poder.

El ideal de libertad como no dominación exige un gobierno de leyes y una arquitectura institucional y social que garantice dicha libertad. Esa arquitectura exige un grado de igualdad que impida la aparición de poderes capaces de poner en peligro la libertad, sea cual sea la naturaleza, pública o privada, de esos poderes. El mercado, por sí solo, no produce automática y necesariamente bienes públicos. De igual modo, la democracia sin leyes e instituciones se transforma fácilmente en populismo. El socialismo democrático exige la presencia de leyes e instituciones democráticas capaces de reflexionar sobre la acción política y sus consecuencias. Igualmente exige el compromiso cívico como la mejor garantía de la libertad y la prosperidad de una sociedad.

La extensión de los derechos de ciudadanía va pareja con la extensión del compromiso ciudadano. Más derechos exigen más compromiso; más libertad exige más vigilancia; más bienestar, más esfuerzo. No hay valores socialdemócratas fuera del consenso de los socialdemócratas, nuestra concepción de la política, de la justicia y la libertad no es heterónoma sino autónoma, nuestro ideario no nace de ninguna creencia natural o sobrenatural, sino de la experiencia y de la reflexión humanas. La tradición socialdemócrata, o socialista democrática, acumula una serie de valores y experiencias que son importantes porque la experiencia nos ha demostrado que funcionan, que al final proporcionan más libertad y más felicidad para una parte más amplia de la sociedad que otros valores alternativos. Su vida y su vigencia están siempre condicionadas a su utilidad y aceptación. Nuestros valores proceden del diálogo con tradiciones políticas anteriores y del diálogo con nuevas propuestas. Se trata, por tanto, de una tradición sólida y abierta. Una tradición intelectualmente exigente, que nos exige estar vigilantes para no dejarnos contaminar por tradiciones aparentemente próximas pero sustancialmente distintas.

4

Las políticas socialdemócratas

La izquierda tiene dos importantes retos por delante: redefinir el modelo económico y avanzar en el modelo social. No son dos objetivos independientes, sino que están relacionados: solo si el modelo económico permite el crecimiento económico y la creación de empleo, la cohesión social será sostenible en el tiempo. Inversamente, dar prioridad a la cohesión social define un determinado tipo de modelo de crecimiento muy distinto del que han fomentado el pensamiento neoliberal durante los últimos treinta años.

Lo que define a la izquierda no son las políticas que utiliza, sino los fines que persigue. Por ello, las políticas de los partidos progresistas han cambiado a lo largo del tiempo y en cada país. Estos cambios han estado asociados a los ciclos económicos y a las evoluciones tecnológicas. Cada vez que se produce un progreso en la tecnología, el desarrollo económico sigue pautas distintas y esto implica que muchas de las políticas económicas deben ser redefinidas (Scharpf, 1991). Tales cambios en los modelos de crecimiento económico han estado siempre estimulados por los gobiernos. Para ello, han promovido la innovación tecnológica y la modernización de la economía. No obstante, esta estrategia no siempre ha sido compartida por los conservadores. Para ellos, la intervención del gobierno es negativa, por lo que dejan en manos de los mercados los cambios tecnológicos y la modernización.

Los cambios en los ciclos y las tecnologías han implicado la redefinición de muchas de las ideas fuerza de la izquierda. Durante principios del siglo XX y hasta después de la Segunda Guerra Mundial, no era extraño encontrarse programas de nacionalización de los medios de producción en los programas socialistas, rompiendo con el capitalismo. Entre los argumentos que se daban entonces, se defendía que el Estado debía ser el propietario de los sectores estratégicos como, por ejemplo, la energía y

las telecomunicaciones. Se consideraban estratégicos porque incrementaban la independencia económica y política respecto al exterior. Pero, ¿es una industria igual de estratégica ahora que hace 50 años? ¿Qué cambios han implicado las revoluciones en las telecomunicaciones en la idea de “estratégico”? Los cambios tecnológicos han modificado algunas de las premisas sobre las que se sostenían algunas políticas económicas del pasado. Por ello, si la izquierda no sabe renovarse ante este tipo de cambios, especialmente los tecnológicos, es una izquierda sin futuro.

Esto no significa que todas las políticas desarrolladas en el pasado no sean útiles. Por ejemplo, muchas de éstas permitieron reducir las desigualdades en España en los ochenta y son válidas en la actualidad o se pueden aplicar en otros países. Es cierto que las circunstancias políticas, económicas y sociales no son idénticas. La izquierda debe adaptar sus instrumentos a la realidad. Pero no debemos olvidar que las políticas no dejan de ser una herramienta para alcanzar los objetivos progresistas.

No concluir que lo relevante son los fines y que las políticas cambian a lo largo del tiempo ha conducido a numerosos errores a algunos partidos de izquierda. Durante mucho tiempo, algunos analistas y políticos parecían razonar que solo cuando el Estado era el propietario de los medios de producción o cuando las personas que prestaban un servicio público eran trabajadores del Estado, entonces sí que era una política progresista. Pero lo que define a las políticas de izquierda no es tanto quién presta los servicios, sino la garantía de que el servicio público cumple con sus objetivos: que beneficia, en especial, a los que más lo necesitan y que se hace un uso responsable de los recursos. Esto tampoco significa que solo la iniciativa privada puede gestionar las políticas del Estado del bienestar. De hecho, no es necesariamente cierto que el sector privado sea más eficiente que el público en la gestión de la sanidad, la educación o las pensiones, por ejemplo. Pero hacer excesivo énfasis en la administración de las políticas puede conducir en ocasiones a debates estériles dentro de la izquierda.

Otro error muy común entre analistas y políticos es identificar a la izquierda con políticas de demanda y a la derecha con políticas de oferta. En realidad, cada opción ideológica tiene sus propias políticas de oferta y de demanda. Lo que diferencia a los progresistas de los conservadores es que la derecha pretende reducir el gasto público y usar los presupuestos para transferir renta hacia las clases más acomodadas. Por lo tanto, los conservadores trasladan toda la responsabilidad de estimular la demanda y mejorar la oferta económica al mercado privado.

Descuidar las políticas de oferta en el gasto público por parte de la izquierda puede conducirle a graves problemas. El crecimiento económico no solo depende de

la demanda de un país, sino de las cualidades de su oferta económica, en especial del capital físico –infraestructuras– y el capital humano –educación e investigación–. Además, con la creciente apertura económica, estas políticas de oferta son cada vez más relevantes.

La formación del capital físico y del capital humano no escapa de la competición partidista y a las diferencias ideológicas (Carles Boix, 1998). Existen dos estrategias diferenciadas:

- Por un lado, la derecha defiende la reducción de impuestos esperando que aumente el ahorro privado. Así, este ahorro debería transformarse en inversión y acelerar la tasa de crecimiento. Este tipo de políticas se acompañan de un menor gasto público y una mayor desigualdad económica, por lo menos en el corto plazo.
- Por su lado, la izquierda debe concentrar sus esfuerzos en aumentar la productividad del trabajo y del capital. Para ello, necesita destinar una parte importante del gasto público al capital fijo y al capital humano. Así, los ahorradores privados mantendrán su inversión aunque existiese mayor presión fiscal que en otros países.

Estas dos estrategias son lo que diferenciaron a los gobiernos de Felipe González y Margaret Thatcher en los ochenta. Mientras que la Primera Ministra británica esperaba lograr el crecimiento económico bajando impuestos y reduciendo el gasto, los gobiernos de Felipe González trataron de modernizar el país presentando una economía mucho más atractiva para la inversión. En definitiva, son dos estrategias económicas que se diferencian por razones ideológicas.

El desarrollo de este tipo de políticas de oferta no impidieron que los gobiernos del PSOE en los ochenta redujesen las desigualdades económicas en España. El principal indicador de desigualdad –índice Gini– disminuyó un 8%, y tanto los datos de pobreza individual como de hogares también descendieron². En cambio, durante ese mismo periodo de tiempo, en el Reino Unido se incrementó tanto la pobreza como la desigualdad (Ayala, Martínez y Ruiz-Huerta, 1993).

Estas diferencias en la redistribución de la renta no son achacables a las distintas estrategias que se pusieron en marcha para alcanzar el crecimiento económico. Es

2 El porcentaje de personas por debajo del umbral de pobreza pasó del 18,4% al 15,1% y por hogares la reducción se produjo de un 16,2% a un 13%.

decir, no fue una cuestión de desarrollo y tasas positivas de crecimiento económico. De hecho, durante este periodo, tanto los gobiernos de Felipe González como Margaret Thatcher disfrutaron de etapas de expansión y de crisis. La gran diferencia se encuentra en otro de los componentes del gasto público: la política social.

En suma, definir el modelo de crecimiento económico es una de las tareas constantes de la izquierda. Este modelo cambia con los ciclos económicos y las innovaciones tecnológicas. Lo que identifica a la izquierda en cada etapa histórica es que sea capaz de liderar la definición del modelo económico. En la actualidad, a diferencia de los años cincuenta y sesenta, las políticas de oferta juegan un papel relevante en la acción de gobierno. Invertir en la educación, la innovación, la investigación y el capital fijo de un país contribuirán a que las economías sean más atractivas para la inversión. Permitirán mantener tasas de crecimiento positivas, crear empleo y garantizar los ingresos fiscales para una política ambiciosa de bienestar.

Las nuevas metas del Estado del bienestar

Lo que permitió reducir las desigualdades en España entre 1982 y 1994 fue una ambiciosa política social y la construcción de un Estado del bienestar. Durante los gobiernos de Felipe González, las prestaciones sociales por habitante aumentaron casi el 70%, uno de los crecimientos más altos de los países europeos (Maravall, 1995: 231). El gasto social se incrementó considerablemente, especialmente en educación, y esto permitió que se universalizara el acceso a la sanidad, la educación y las pensiones. Entre 1975 y 1992, estos tres servicios públicos aumentaron las personas atendidas por el Estado en 14 millones (Maravall, 1995: 235). Esta expansión del gasto social se acompañó de un incremento de la presión fiscal, garantizando los recursos necesarios para construir un Estado del bienestar. Así, entre 1982 y 1992 los ingresos fiscales aumentaron en 9,4 puntos y los impuestos directos pasaron del 6,6% al 11,9% (Maravall, 1995: 230-232).

No obstante, debemos ser cautos a la hora de analizar los objetivos que se persiguen con la política social y los impuestos. Gran parte de la redistribución de la renta recae sobre el gasto social, mientras que la recaudación de ingresos debe perseguir, sobre todo, la suficiencia financiera. Es decir, la desigualdad en una sociedad se reduce gracias a la expansión del gasto social y la prestación de servicios públicos. En cambio, el sistema impositivo apenas redistribuye la renta. El diseño progresista de los impuestos debe cumplir con los siguientes objetivos: garantizar recursos suficientes para financiar el Estado del bienestar, ser lo más sencillos posible y que la recaudación sea

mayor entre las personas que posean una mayor renta. Esto significa que no hay un único diseño de impuestos.

En los últimos años, las sociedades avanzadas han cambiado enormemente. Parte de estos cambios son resultado de los modelos de protección social defendidos por la izquierda. Si la sociedad cambia, las políticas progresistas también deben cambiar. Esto significa que el futuro del Estado del bienestar pasa por introducir cambios que le permitan solucionar con garantías los nuevos retos. Pero no solo es una respuesta a los cambios sociales. El futuro del Estado del bienestar también es un cambio en su filosofía. Debe pasar de políticas reparadoras y compensatorias a políticas que anticipan los problemas e invierten en el futuro. Se trata de “preparar en vez de reparar” (Esping-Andersen y Palier, 2010).

Tres colectivos prioritarios

Los retos de las políticas progresistas se deben concentrar en tres colectivos: las mujeres, los niños y los mayores. La izquierda debe aspirar a dar herramientas a estos colectivos para que sean más libres y dispongan de más recursos para disfrutar de una vida plena.

Es cierto que estos tres colectivos no son los únicos vulnerables en una sociedad. En la última década hemos asistido a un gran aumento de la inmigración en todo el mundo, y también en España. Aunque no es un fenómeno nuevo, en los últimos años se ha acelerado. Entre 1960 y 2000 la media anual de migraciones hacia los países desarrollados fue de 1,6 millones. En cambio, en el periodo 2000-2005 esta cifra se ha elevado a 3,3 millones. Las predicciones muestran un descenso de las migraciones en el futuro. Se espera que entre 2010 y 2050 la media de migraciones anuales a países desarrollados descienda a 2,3 millones³. Pero, a pesar de este descenso, las migraciones van a seguir transformando nuestras sociedades.

No obstante, la izquierda debe abordar la inmigración desde la perspectiva de un modelo de sociedad y una concepción de la ciudadanía. La inmigración es consecuencia de factores económicos frente a los cuales no caben las posturas defensivas ni tampoco un demagógico sentimiento de alarma. Es preciso tratar de regularla racionalmente, por un lado, y por otro asumir los derechos civiles, sociales y políticos de los inmigrantes. Los inmigrantes también son niños, mujeres y mayores, y no solo personas que provienen de otros países.

3 Véase World Migration Report, 2008.

La inmigración no solo representa un reto desde el punto de vista socioeconómico, sino también cultural y religioso. Las sociedades del futuro son sociedades multiétnicas, y negar esta realidad o rechazarla es no admitir el futuro. Por ello, creemos que la izquierda debe regular esta nueva realidad apelando a su constante reivindicación de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Esto significa que no debe existir ninguna cultura o religión que se imponga a las demás, sino que deben convivir pacíficamente, respetando las diferencias. Es una cuestión de tolerancia, de aceptar la diferencia. Las tradiciones, además de ser un argumento conservador, no pueden justificar discriminaciones. Los poderes públicos no pueden posicionarse en beneficio de una religión y la aconfesionalidad de los gobernantes debe ser una reivindicación constante de la socialdemocracia.

Quizás ésta sea la principal diferencia entre las personas llegadas de otros países y los ciudadanos de un país. Pero el resto de sus problemas no son muy diferentes y, por lo tanto, deben abordarse dentro de nuestros grandes objetivos para lograr un modelo mejor de sociedad.

El primero de esos grandes objetivos es incrementar el peso de la mujer en el mercado laboral. Para ello deben llevarse a cabo políticas que permitan conciliar la vida laboral con la familiar y, en definitiva, repartan los costes de maternidad y del cuidado de niños entre hombres y mujeres. Extender la educación de 0 a 3 años, igualar los derechos de maternidad y de paternidad, y feminizar la vida laboral son algunas de las medidas que la izquierda debe liderar.

Cubrir este primer gran objetivo tendrá enormes beneficios sociales y económicos. En primer lugar, estas medidas permitirían aumentar la natalidad y, así, frenar la inversión de la pirámide poblacional que es otro de los retos del Estado del bienestar. En segundo lugar, si aumenta el número de personas que trabaja, los ingresos fiscales del Estado también aumentarán. Una mayor recaudación permitirá garantizar la viabilidad de las políticas sociales. En tercer lugar, aumentará la igualdad entre hombres y mujeres. Si las mujeres se incorporan de forma plena al mercado laboral, su poder de negociación dentro de la pareja aumentará, caminando hacia una sociedad más justa. Y, finalmente, algunas de estas políticas permitirán solucionar las “disfunciones” del Estado del bienestar actual.

Ejemplo de estas “disfunciones” es no haber logrado mayor igualdad de oportunidades con la extensión de la educación. Una de las grandes apuestas de la izquierda es la universalización de la educación. Se espera que si se extiende el acceso al sistema educativo, se producirá una mayor igualdad de oportunidades. Pero lo cierto es que esta igualdad no se ha alcanzado (Goldthorpe, 2010). La solución está en extender la

educación a etapas mucho más tempranas, entre 0 y 3 años. Es durante este tiempo cuando se generan las mayores desigualdades cognitivas y de aprendizaje.

Políticas sociales como la que se acaba de señalar cubrirían al segundo grupo que necesita una mayor atención por parte del Estado del bienestar: los niños. Las economías desarrolladas se fundamentan en el conocimiento. Por ello, es muy necesario que los jóvenes alcancen los mayores niveles de formación posible. La oferta económica del país mejoraría y sería mucho más atractiva para la inversión. Por otro lado, la educación es un capital social más allá de la cualificación y el conocimiento: no existen verdadera ciudadanía ni convivencia democrática en la libertad si existen grandes disparidades educativas en una sociedad.

Invertir en formación no es solo una cuestión de eficiencia, sino también de justicia social. Como se ha señalado en repetidas ocasiones, a la izquierda le preocupa la igualdad. La barrera que hay entre caer en la pobreza o no, es tener un puesto de trabajo. El desempleo está estrechamente ligado con la formación. Por lo tanto, extender la educación es un factor más que ayudará a reducir la pobreza de un país, puesto que capacitará a sus ciudadanos para obtener un empleo. Si, además, el trabajo es cualificado, las ventajas salariales y de calidad de vida serán notables.

Las políticas dirigidas a mujeres y niños favorecerán a un tercer colectivo: los mayores. Gran parte de la redistribución dentro del Estado del bienestar es posible gracias a la transferencia de renta intergeneracional: parte de la riqueza creada por las personas en edad de trabajar se traspa a las personas mayores. Si el Estado del bienestar no es capaz de mantener en el tiempo estas transferencias, gran parte del componente redistributivo de las políticas sociales desaparecerá. Por ello es tan importante para la izquierda garantizar los sistemas públicos de pensiones.

La incorporación de la mujer al mercado laboral, el aumento de la natalidad y la mayor formación de los trabajadores permitirán incrementar la riqueza y, por lo tanto, aumentar los ingresos fiscales. Si los gobiernos ingresan más, podrán atender a un mayor número de pensionistas. Pero, seguramente, serán necesarias reformas adicionales.

Una medida que, además de ser progresista, contribuirá al mantenimiento de los sistemas de pensiones es retrasar la edad de jubilación para los trabajos cualificados. Las personas que desempeñan trabajos que exigen formación han pasado un mayor tiempo en el sistema educativo. Esto significa que han trabajado menos tiempo que aquellos que no tienen formación, puesto que estos últimos se incorporaron antes al mercado laboral. Además, los trabajadores no cualificados tienen una menor espe-

ranza de vida. Por todo ello, es razonable retrasar la edad de jubilación para determinadas profesiones. Los trabajadores con formación permanecen menos tiempo en el mercado de trabajo y, además, disfrutarán un mayor tiempo de la jubilación. No solo es una cuestión de eficacia económica. Retrasar la edad de jubilación para algunas profesiones contribuirá a una mayor justicia social.

El segundo gran bloque de medidas destinadas a las personas mayores tiene que ver con su bienestar. En la actualidad, los mayores son atendidos en gran medida por las familias, y mucho de este peso recae en las mujeres. Si la izquierda es capaz de establecer una red de cuidados a la tercera edad, no solo mejorará la atención que reciben, sino que además cubrirá otro de los objetivos anteriormente propuestos: permitir la incorporación de la mujer al mercado laboral.

En definitiva, la izquierda debe liderar nuevas políticas que permitan el sostenimiento del Estado del bienestar en el medio plazo. Para ello no solo debe garantizar los ingresos fiscales, sino que también debe redefinir los objetivos que se persiguen: “preparar en vez de reparar”. Se trata de anticipar los problemas sociales y adelantarse al futuro.

La regulación de los mercados

Todo esto es especialmente necesario en medio de una crisis global como la que comenzó en 2008. Las políticas económicas y sociales deben prever las nuevas condiciones de la sociedad global tras la crisis y no limitarse a compensar sus efectos inmediatos. Por ello, es especialmente necesario invertir en educación, en investigación y ciencia para contar con la capacidad de crecer establemente. Pero también es preciso invertir en sanidad y derechos sociales porque la sociedad más capaz de crecer es la que combina la flexibilidad y la seguridad para sus ciudadanos.

Pero la crisis ha revelado, además, las consecuencias desestabilizadoras del actual funcionamiento de los mercados financieros globales. La difusión de productos financieros no regulados –que pretendían reducir el riesgo de los inversores– ha resultado en una crisis sistémica que ha hundido la economía real al provocar una sequía de crédito. Es evidente que esta experiencia demuestra la necesidad de una nueva regulación de los mercados financieros, que solo puede lograrse a través de acuerdos entre las principales economías, entre ellas Estados Unidos y la Unión Europea.

La dinámica actual de los mercados financieros ha mostrado una segunda faceta desestabilizadora al inducir movimientos especulativos –no siempre como resultado

de actuaciones deliberadas— contra la deuda soberana de los países que han alcanzado déficits altos como consecuencia de sus políticas de gasto social, en respuesta al desempleo, y de la necesidad de evitar el hundimiento de la demanda interna. Se da así la paradoja de que las políticas de gasto necesarias para salir de la recesión se deben ver recortadas para evitar que el encarecimiento de la deuda conduzca a una espiral de déficit inmanejable.

Esta es una razón adicional para regular los mercados financieros, en particular para evitar operaciones especulativas contra la deuda soberana o sobre el precio de materias primas estratégicas por parte de quienes no invierten en ellas. Pero es también una razón para buscar una mejor coordinación económica en la Unión Europea. La crisis de la deuda y los ataques al euro han revelado la necesidad de coordinación fiscal y de mecanismos de estabilización que hacen necesario un salto cualitativo en la gobernanza económica. Ciertamente, la gravedad de la crisis puede haber creado las condiciones para dar ese salto.

Esto implica que las políticas socialdemócratas no pueden limitarse a la búsqueda de unos objetivos nacionales, sino que también deben tener una dimensión global, y en el caso de los países europeos una clara visión de la construcción de la Unión Europea. Los gobiernos democráticos no pueden permitir que la voluntad impersonal de los mercados financieros se imponga a los intereses de sus ciudadanos y bloqueen la voluntad de éstos, manifestada democráticamente, de vivir en un determinado modelo de sociedad. Los socialdemócratas creemos en la economía de mercado, no en una sociedad regida por el mercado, o por los mercados financieros.

5

Comunicación y movilización social

La presencia de valores ideológicos robustos y su combinación con políticas activas y expectativas de futuro no es suficiente si no se acompaña de una buena estrategia comunicativa que conecte con las bases sociales y logre su movilización. Es, por tanto, determinante repensar la valoración del contexto y los condicionantes existentes en el mismo, así como los elementos que han de caracterizar el nuevo discurso socialdemócrata, teniendo presentes las habilidades necesarias para la transmisión de contenidos y de mensajes, el método que se aplica y los nuevos desafíos a los que hacer frente en términos de comunicación.

El contexto y los condicionantes

Los rápidos cambios sociales, económicos y políticos de las últimas décadas han venido marcados por el advenimiento de una sociedad postindustrial, globalizada y conectada en red. Entre las transformaciones de mayor trascendencia se encuentra el peso adquirido por el sector servicios, que se convierte en hegemónico en el tejido económico, además del impacto globalizador imperante en el nuevo marco de interacción económica y social. En este contexto, la identificación de clase social basada en las condiciones laborales –clase obrera, clase trabajadora– pierde consistencia y, consecuentemente, las ideologías políticas de izquierda, que apelaban a la misma, se ven obligadas a realizar una revisión de sus planteamientos, dado además que las opciones conservadoras no renuncian a la capacidad movilizadora que pudiera tener la identidad abstracta de “clase media”. Por otro lado, la información se convierte en un recurso central dentro de un entramado de espacios sistémicos y globalizados. La realidad se define, en gran parte, por elaboraciones simbólicas e imágenes, lo que acentúa el aspecto reflexivo, artificial, construido de la vida social (Melucci, 1996).

La expansión de la primera crisis económica global del siglo XXI afecta de manera destacable a la naturaleza de la legitimidad de los partidos y de los gobiernos. Existe una creciente demanda social de gestión eficaz. Se reclama a los actores políticos, en general, y a los socialdemócratas, en particular, el incremento de su credibilidad como gestores económicos. Esta cuestión no es baladí pues los resultados socioeconómicos se erigen en un fuerte condicionante de la percepción y el apoyo social, que va a depender, cada vez en mayor medida, de la capacidad de mantenimiento de estándares de calidad de vida, así como de la forma de paliar los efectos multidimensionales de las situaciones adversas, especialmente las reacciones frente a las crisis económicas cíclicas que, periódicamente, aquejan a los Estados de bienestar.

En la misma línea, también se reclaman esfuerzos para el mantenimiento de la política social en pro de la cohesión y la justicia social como rasgo distintivo de los enfoques socialdemócratas que promueven el acceso al bienestar socioeconómico de los más desfavorecidos. Entre tales políticas ha de incluirse la garantía de niveles adecuados de seguridad económica para las clases medias, junto con perspectivas de empleo y desarrollo futuro. En estrecha conexión con esos planteamientos, la solidaridad permanece como valor en alza frente a la acentuación de conductas individualistas y al predominio de una visión más competitiva y consumista, con urgencia de inmediatez y cortoplacista, toda vez que el modelo de crecimiento económico neoliberal ha generado polarización en la clase media entre los más y los menos acomodados, ahondando en estos últimos la falta de expectativas de movilidad social. De ese modo, la situación socioeconómica de origen se consolida como un fuerte condicionante para las posibilidades de desarrollo posterior del individuo. Los cambios fundamentales en el funcionamiento de la economía mundial han mermado la capacidad de la socialdemocracia para dar respuesta a sus compromisos fundamentales y si no es capaz de responder a los retos de la sociedad actual, la socialdemocracia corre el riesgo de devenir obsoleta (Pfaller, 2009).

Al mismo tiempo, los rasgos sociológicos de las audiencias se modifican. Las sociedades actuales se componen de comunidades crecientemente diversas, en una economía universal del conocimiento (Taylor, 2009), donde emerge el concepto de ciudadanía digital que congrega varios significados en uno. Se identifica con consumidores, oyentes, públicos, audiencias, electores, *targets*, espectadores (Gutiérrez-Rubí, 2010). Se trata de una audiencia con un nuevo rol, dotada de más autonomía y capacidad de interlocución. El público al que dirigirse es heterogéneo, formado por individuos más críticos, con capacidad de conseguir información por sí mismos, pero con un compromiso más temporal y laxo (Rodríguez, 2010). Aparece un sentido de identidad diferente, derivada de múltiples factores, que demanda potenciar la autonomía personal.

Otra tendencia general que está alterando la composición del electorado reside en los cambios sociodemográficos tales como la emergencia de nuevas generaciones, la inmigración o la expansión de la cultura digital. Las características de las nuevas cohortes de edad apuntan a la implicación civil, social y política y la presencia mayoritaria entre ellos de valores progresistas, ya sean de protección medioambiental, o de defensa de las libertades individuales y de los derechos sociales (Rosenberg y Leyden, 2007).

Elementos del nuevo discurso socialdemócrata

Fundamentos teóricos

En primer lugar, la articulación discursiva ha de estar anclada en una profunda y exhaustiva reflexión teórica. El punto de partida ha de situarse en una revisión crítica para, de este modo, poder dotar al mensaje de mayor solidez y solvencia. Desde la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS, los partidos de izquierda se han encontrado en la necesidad de proporcionar una respuesta de suficiente fuerza explicativa, partiendo de una concepción general de la acción política y una reinterpretación histórico-filosófica actualizada.

La reciente crisis mundial generada por el modelo económico neoliberal acentúa la necesidad de estructurar una visión progresista como base para un proyecto colectivo de futuro. Desde un punto de vista socialdemócrata, esta situación ha puesto de relieve, entre otras cuestiones, que el Estado sigue desempeñando un papel determinante como regulador para evitar los excesos del mercado (financiero, económico y laboral). Por otro lado, el mantenimiento de la inversión pública en sectores clave como infraestructuras, sanidad, educación e I+D, deviene en crítico para avanzar hacia la sostenibilidad, por ejemplo, con la creación de mejores condiciones para la generación de empleos sostenibles de calidad.

Simultáneamente, no es posible reducir el nivel de protección social si se desea un desarrollo solidario basado en la cohesión social. El componente social del gasto público se consolida como garantía de la movilidad social. Complementariamente, el proyecto socialdemócrata no ha de renunciar a la aplicación de reformas democratizadoras desde y en el interior de las instituciones sociales y políticas, lo que, además de incidir positivamente en la apertura, la transparencia y el control de los excesos de poder, le va a granjear mayores dosis de reconocimiento y apoyo ciudadano.

Los *think tanks* progresistas de Europa y Estados Unidos también están sumando esfuerzos por contribuir a la reflexión conjunta sobre el futuro de la socialdemocracia⁴: los nuevos retos y la próxima agenda a la que hacer frente, marcada claramente por la evolución sociopolítica y socioeconómica. De ese modo, se pretende consensuar posiciones y avanzar hacia un discurso político cohesionado que defina y estructure los asuntos políticos e identifique las respuestas que se ofrecen frente a los competidores en la contienda electoral. Subsisten importantes diferencias entre las opciones de izquierda y de derecha que deben ser convenientemente destacadas y comunicadas.

El resultado final ha de proporcionar un producto comunicativo con un fuerte componente ideológico y que pueda movilizar a una gran mayoría de la población en los comienzos de la segunda década del nuevo siglo.

Rasgos de la comunicación

En clara consonancia con el apartado anterior, desde los fundamentos teóricos de referencia, la elaboración de un discurso coherente precisa empezar por una adecuada descripción de la realidad, por construir un buen relato, bien articulado, interpretativo, que explique, propositivo y diferenciador. La argumentación ha de establecer coherentemente los objetivos que se persiguen y presentar sin artificios las políticas que se entienden necesarias para alcanzarlos. Solo de esa manera se demostrará que se afrontan las tendencias de cambio social (crisis, globalización, individualismo, envejecimiento demográfico, problemas medioambientales, etc.) con un plan de futuro convincente.

Por lo tanto, una de las claves consiste en convertir la agenda socialdemócrata en relevante para los ciudadanos, con la aplicación de grandes dosis de claridad expositiva en los planteamientos, que pueda ayudar a ganar la credibilidad del proyecto y, en última instancia, impulsar la confianza de los votantes. Para ello, hay dos cuestiones relevantes en ese proceso. La primera consiste en recuperar el carácter de la socialdemocracia como movimiento esperanzador, optimista e ilusionante, que apuesta por un desarrollo sostenible como salida de la crisis, sin abandonar la redistribución y el mantenimiento de la protección social frente a la adversidad económica, pero también sincero, alejado de promesas grandilocuentes que no pueden ser cumplidas. La segunda alude a la necesidad de contar con un buen plan de acción futura

4 Cabe mencionar especialmente, junto con la Fundación IDEAS para el Progreso, Foundation of European Progressive Studies (FEPS), Policy Network, Friedrich Ebert Stiftung, Henrich Böll Stiftung y Center for American Progress (CAP), con los que existe amplia colaboración en esta línea de trabajo.

que sirva de referente tanto para las políticas que se pongan en marcha como para el lanzamiento del mensaje al exterior, y que cuente con el respaldo efectivo del líder, del partido y otras organizaciones afines.

La estrategia y el lenguaje empleados en la comunicación, por tanto, han de estar fuertemente cohesionados para señalar los objetivos políticos y, al mismo tiempo, transmitir credibilidad y confianza en su consecución. Con el fin de lograr ese cometido, se ha de trabar el mensaje ofreciendo evidencias empíricas sólidas, como aquella que establece una fuerte correlación entre los logros sociales de una sociedad y los niveles de igualdad económica (Wilkinson y Pickett, 2009), lo que contribuye a romper el falso dilema entre eficiencia e igualdad, apelando, a su vez, al carácter ideológico y emotivo que afecta directamente al grado de receptividad y a la movilización social.

Marco de referencia

“En política cuando razón y emoción colisionan, la emoción siempre gana. Las elecciones se deciden en el mercado de las emociones, un mercado repleto de valores, imágenes, analogías, sentimientos morales y oratoria conmovedora, donde la lógica sirve de mero apoyo” (Westen, 2007).

No es posible eludir la confluencia de las capacidades biológicas y motivacionales del cerebro, lo que se traduce en la insoslayable importancia de la estructura cognitiva, emocional y motivacional del hombre en el acceso a la información como recurso (Melucci, 1996). De acuerdo con la ciencia cognitiva, los marcos mentales y las metáforas operan con anterioridad al razonamiento analítico, actuando como potente filtro de la información recibida (Castells, 2005). De hecho, la mayor parte de nuestro sistema conceptual está estructurado metafóricamente, lo que equivale a la asimilación de unos conceptos en función de la proyección de otros (Nubiola, 2000).

Los marcos de referencia actúan, por tanto, como estructuras mentales que conforman nuestra forma de concebir el mundo y forman parte del inconsciente cognitivo (Lakoff, 2007). Esto nos permite entender mejor la realidad circundante y proporciona la comprensión de un ámbito de nuestra experiencia, dotando de significado lo que hacemos, sabemos y creemos. Tomando, entonces, como guía el terreno de lo moral, lo simbólico y lo emocional, es preciso enmarcar el debate desde los principios y valores, en vez de concentrarse en asumir y refutar la agenda del contrario –convirtiéndose así en sus propagandistas inconscientes–, o en la gestión a corto plazo y la mera oferta electoral (Valenzuela, 2009).

Si los determinantes del voto son, por este orden: los sentimientos hacia los partidos y sus principios, los sentimientos hacia los candidatos y, en último lugar, si aún no se ha decidido, los sentimientos hacia las posiciones de los candidatos respecto a las políticas públicas (Westen, 2007), resulta evidente el peso ejercido por la identidad ideológica y los valores culturales y morales que emanan de los partidos socialdemócratas, aspectos que también han de impregnar el discurso y el liderazgo.

Los valores se erigen en la columna moral de un movimiento político. A pesar de su carácter universal, el significado real procede de un conjunto de creencias concretas que nos permiten aprehender la existencia efectiva de las cosas, además de establecer una serie de objetivos y un modo de lograrlos a través de la acción política. Para que los ciudadanos se “levanten” a favor de tales valores y trabajen por la construcción de un mundo mejor basado en ellos, es necesario que conecten con las mentes y los corazones (FEPS, 2009).

El calado social de los valores inherentes y característicos de la socialdemocracia enlaza con dos potentes metáforas. La primera de ellas es la que actúa paralela al eje izquierda-derecha y mantiene una gran vigencia explicativa y orientadora entre la ciudadanía, como lo demuestra el barómetro del CIS de enero de 2010 (E-2828), donde a la hora de identificar una serie de conceptos como “ser de derechas” o “ser de izquierdas”, los encuestados asocian mayoritariamente con la izquierda la igualdad, la tolerancia, la solidaridad, la libertad individual, los derechos humanos y el idealismo. Por el contrario, el orden y la tradición son nítidamente equiparados con la derecha.

Aunque con escaso margen, la eficacia también se presume algo más de derechas que de izquierdas y, es quizá ahí, ya lo hemos apuntado previamente, donde hay que esforzarse por revertir la balanza. A su vez, términos como feminismo, ecologismo, liberalismo o pacifismo son reseñados de izquierdas, frente a capitalismo, patriotismo, autoritarismo y nacionalismo que se determinan de derechas. Ese eje también se utiliza para la autoubicación ideológica que, en nuestro país, arroja valores medios de centro-izquierda (por debajo de 5, pero cercanos a 5, en la escala de 1 a 10) El individuo tiende a percibir esa compartimentación espacial no como un instrumento lingüístico, ni tampoco como un recurso para la lucha competitiva, sino como una realidad objetiva del mundo exterior que le insta a posicionarse (Del Rey Morató, 2007).

La segunda de las metáforas que actúan en el imaginario colectivo como representaciones mentales que sirven para ordenar y clasificar el entorno, se fundamenta en el contraste antagónico progresismo-conservadurismo, que permite percibir a los

partidos de izquierda como impulsores de nuevos proyectos socialmente beneficiosos y perdurables en el tiempo, con proyección de futuro y en continua búsqueda de soluciones innovadoras, sin abandonar la lucha en favor de la equidad social. Frente a ellos, los partidos tradicionales o conservadores aparecen como defensores del *statu quo* y de la libertad del mercado como principal mecanismo orientador de los intercambios socioeconómicos, menos proclives a los cambios, a la intervención pública y a la redistribución de los recursos, lo que les puede granjear una imagen de parálisis, especialmente negativa en momentos de estancamiento económico y desapego social.

A partir del encaje de ambos ejes simbólicos, se ha de tener la habilidad de crear *catch-up phrases*, es decir, conceptos genéricos que sirvan para la creación de etiquetas y eslóganes atractivos, con tirón, alrededor de los cuales poder articular políticas, mensajes y candidatos. En ese sentido, la idea de la triple sostenibilidad –económica, social y medioambiental– cumple con esas máximas, por los valores que lleva asociados y traslada a la ciudadanía. Como fórmula de comunicación puede servir para sintetizar el avance de toda una estrategia de mayor alcance, que despliegue y estructure cada uno de los tres apartados que la componen.

Ante crecientes demandas sociales derivadas de cambios como el envejecimiento de la población o el imprescindible incremento de la incorporación de la mujer al mercado laboral, el concepto de desarrollo sostenible se inspira en la aplicación de la filosofía que intenta convertir la posible confrontación entre los dos términos en una armónica convivencia entre ambos. El desarrollo sostenible, que fue incorporado a todos los programas de la ONU, pretende satisfacer las necesidades del presente sin comprometer las de las generaciones futuras (Brundtland, 2006). En medio de una coyuntura desfavorable, el movimiento socialdemócrata reaparece como inspirador de prosperidad solidaria, en clara oposición al conservadurismo y al mantenimiento de privilegios sociales trasnochados y excluyentes. Esa orientación apuesta decididamente por una combinación óptima de sostenibilidad económica, social y medioambiental. La sostenibilidad en sus tres vertientes significa dinamismo, un paso adelante y una apuesta de futuro por lograr bienestar para las próximas generaciones mediante la aplicación de herramientas públicas que redistribuyan recursos y resultados.

Formatos

En lo que atañe a los formatos, hay que tener en consideración la existencia de nuevas vías de comunicación gradualmente más difusas y participativas, descentraliza-

das, no jerárquicas, incluso individualizadas, donde las audiencias dejan de actuar como simples receptores pasivos para convertirse en potenciales socios. Una de las contribuciones de la campaña de Howard Dean en su intento como candidato presidencial estadounidense consistió en la determinante noción de que se puede confiar en el ciudadano medio como actor a favor de la comunicación de un proyecto político (Rosenberg y Leyden, 2007). Esto enlaza con la ruptura de roles estancos y el incremento de los niveles de transparencia.

Tradicional

En la evolución de los partidos dentro de los sistemas democráticos se detectan algunas deficiencias en cuanto a la idoneidad de aquéllos para generar confianza en el proceso político entre los ciudadanos, por lo que parece conveniente invertir en la capacitación de nuevos activistas, consiguiendo la implicación eficiente de grupos y organizaciones que los socialdemócratas tratan de representar (FEPS, 2009).

Por ende, la estrategia comunicativa solamente es factible desde una militancia activa, pero, de manera simultánea, resulta esencial dar pasos decisivos hacia la aplicación de métodos que escuchen y presten atención a los problemas y preocupaciones ciudadanas para integrarlas de forma visible en la toma de decisiones. Se han de estrechar los lazos con gente que pueda promover activamente las ideas socialdemócratas sin necesidad de hacerlo desde el interior de los partidos. Una alternativa para neutralizar el fortalecimiento de las oligarquías y los niveles decrecientes de afiliación descansa, precisamente, en la participación ciudadana (Pfaller, 2009). Pese a conllevar tiempo, costes y energías, los socialdemócratas deben promover ese desarrollo para implicar a los ciudadanos en el proceso de moldear la vida pública, más allá del periodo electoral.

Para conseguir sus objetivos políticos, la socialdemocracia necesita alianzas sociales estables con otros agentes que conforman colectivos diversos –movimientos ecologistas, estudiantiles, pacifistas, vecinales, asociaciones, ONG, proveedores de servicios sociales, de ayuda al desarrollo, etc. Resulta imprescindible reestablecer y fortalecer dichos vínculos. En especial, las actitudes de colaboración y búsqueda de consensos en el triángulo formado por los gestores públicos, la sociedad civil y el sector privado pueden proporcionar un impulso decisivo de carácter constructivo (Hassel, 2009). La organización y el refuerzo de la sociedad civil en defensa de la justicia social (Powell, 2007), junto con la cooperación público-privada y la implicación corresponsable de sindicatos y organizaciones empresariales se convierten en elementos sustanciales en el proceso de reestructuración económica, la formación

continua de los trabajadores y la adaptación de la actividad productiva a un nuevo modelo sostenible.

En definitiva, es deseable una transformación más radical del funcionamiento de las estructuras internas de los partidos, con la asunción de nuevas formas de concebir la estrategia de comunicación y la adhesión a la misma de viejos y nuevos aliados (Cramme *et al.*, 2009).

Online

Resultan obvias las razones que avalan las virtudes que presenta Internet para la comunicación política. No solo son abrumadoras las cifras del alcance de Internet en el mundo, sino que el colectivo que ahora tiene entre 16 y 24 años conforma la generación de los denominados “nativos digitales”, que son mayoritariamente votantes de izquierda⁵ (Worth, 2010). Por ello, a expandir el mensaje puede contribuir, de manera muy singular, su adaptación a la era digital, donde continuamente emergen nuevos formatos y nuevos escenarios –páginas web, correo electrónico, blogs, foros, vídeos, sindicación de contenidos, *podcasts*, redes sociales, teléfonos móviles, etc.–, que permiten una comunicación especializada directa con el ciudadano-internauta y nuevas audiencias más exigentes e interactivas. Internet proporciona tanto a candidatos como a organizaciones y ciudadanos una herramienta poderosa para influir en la dirección del discurso público.

Nos encontramos ante una nueva etapa 2.0, que alude a la web, a la comunicación y, consecuentemente, a la política derivada de su práctica. Entre los rasgos más significativos se sitúa la importancia adquirida por la interacción en red de muchos emisores que colaboran entre sí, comparten contenidos y acuden a canales múltiples, lo que intensifica el carácter horizontal de los intercambios, fortalece la esencia de la participación y potencia el sentimiento de comunidad virtual. El poder de las redes sociales⁶ se asienta en la interconexión de individuos dentro de grupos con intereses comunes, entre los que se produce una ruptura de la identificación territorial y socioeconómica, así como en la fuerza del conocimiento compartido y de los conceptos asociativos, donde posición y presencia ya no son equivalentes (Gutiérrez-Rubí, 2010).

5 Esta tendencia, confirmada en Estados Unidos y en varios países europeos, no resulta tan evidente en el caso español. Sin embargo, en todos los casos ha de tenerse muy en cuenta la potencial identificación con los valores de izquierda entre los pertenecientes a esa generación.

6 Sirvan para ilustrarlo los 7 millones de usuarios españoles de Facebook, de los 316 existentes en todo el mundo.

Las redes sociales representan, por tanto, un ámbito de audiencia de enorme interés y, en consecuencia, constituyen un espacio de acción comunicativa y de campaña electoral que hay que aprovechar notablemente, ante la progresiva pérdida de efectividad de los medios de comunicación tradicionales (Delany, 2008)⁷. Ante este panorama, es preciso seguir una serie de pautas (e-Xaps, 2010): poner las nuevas herramientas técnicas al servicio de la estrategia y del mensaje; huir del determinismo tecnológico y el recurso a la copia directa, sin tener presente el contexto de aplicación; aprovechar y dejar fluir la red, en especial el diálogo entre los participantes y la inmediatez en la capacidad de reacción; y desarrollar fórmulas de segmentación de audiencias mediante técnicas de personalización y micromarketing.

Los usos políticos de Internet aún son algo limitados en España, al presentar las actividades de participación *online* un carácter relativamente minoritario (Anduiza *et al.*, 2010). Sin embargo, precisamente por ello, su potencial continúa siendo muy grande. Por otro lado, aunque determinadas actitudes y acciones participativas tienden a reproducirse en la red, también empieza a desarrollarse un nuevo modo de participación con características específicas. Por todo ello, es necesario desplegar el concepto de *e-activism* (Worth, 2010), que recoge nuevas formas de acción colectiva como la vigilancia activa y el control político por parte de simpatizantes que emplean técnicas de marketing viral. Se pasa de las conferencias a los *wikis*, del envío de folletos a los mensajes electrónicos y de la protesta presencial a la virtual, todos ellos instrumentos con potentes impactos. Por último, es indispensable mantener esta actividad fuera del control del partido para que pueda gozar de mayor expresividad, pero integrando las distintas piezas comunicativas en una estrategia compartida. Más que nunca, los formatos *online* y *offline* se complementan en la búsqueda de objetivos comunes.

7 En opinión de Delany, “campaigns may need the potential evangelists that social networking sites naturally draw in – building an army of active and aggressive supporters may be the only way to cut through the endless clutter of media saturation and reach actual voters”.

6

Conclusiones

En los últimos cuarenta años la sociedad ha cambiado de forma profunda. Los acuerdos sociales que permitieron el apoyo al modelo socialdemócrata en la posguerra europea no pueden repetirse. No se trata solo de la herencia de individualismo insolidario que han dejado los años de ciclo conservador, sino de la realidad de un mayor individualismo que debemos valorar positivamente, por la libertad que comporta, pero que nos presenta el desafío de crear mayorías estables en un mundo en el que las personas cambian de opinión sin sentirse atadas por su identidad o por la ideología heredada.

La crisis de los años setenta abrió el paso a un ciclo conservador que ha impregnado de valores insolidarios nuestras sociedades. Pero además los cambios traídos por la globalización y la apertura de las economías han cambiado la estructura social, y hoy un proyecto socialdemócrata debe ser capaz de atraer a electores de grupos sociales diversos y en función de preferencias y demandas particulares y complejas.

¿Qué puede ofrecer la socialdemocracia? En primer lugar, su objetivo de crear y renovar una sociedad cohesionada, con oportunidades y derechos para todos. Una sociedad en la que merezca la pena vivir por la libertad, la tolerancia y una existencia en paz, sin el escándalo de desigualdades que excluyen de la vida social a un grupo o a una clase.

En segundo lugar, una visión de la política basada en los derechos y las responsabilidades de los individuos. Una política democrática en la que los ciudadanos no sean simplemente “clientes” ni menos aún súbditos, sino personas libres y activas para decidir en qué sociedad quieren vivir, sin estar condenadas a aceptar la voluntad de nadie, ni la lógica de unos mercados no regulados que impondrían su voluntad impersonal.

Necesitamos políticas para el futuro: que ofrezcan seguridad para la mayoría del presente y perspectivas para la mayoría del futuro. No podemos pensar simplemente en proteger los avances sociales del pasado, sino que también debemos asegurar las bases de un modelo de sociedad mejor en el futuro. Debemos resolver las incertidumbres del presente fijando un rumbo mejor para todos. Eso implica desarrollar políticas para un modelo de crecimiento cohesionado y que sea capaz de ofrecer mayores oportunidades a los niños y a los jóvenes a la vez que de crear empleo y asegurar las pensiones.

El ciclo conservador marcó la prioridad en la agenda económica, relegando la discusión sobre el modelo económico. La crisis ha hecho evidente que es preciso recuperar esa discusión. Necesitamos un modelo económico que pueda competir en un mundo globalizado, y que conlleve un modelo social libre, culto y tolerante en el que todos tengan cabida. Pero para ello es necesario también cambiar las reglas que han regido hasta ahora la globalización, crear nuevos mecanismos de coordinación económica en la Unión Europea y regular los mercados financieros para evitar sus efectos desestabilizadores, puestos de relieve por la crisis de 2008 y sus secuelas.

En este contexto persisten importantes retos para la socialdemocracia relacionados con la comunicación y la movilización social que adquieren gran relevancia en el diseño de estrategias electorales para la formación de una nueva mayoría en una sociedad diversa y compleja. El objetivo de solidez comunicativa requiere tomar como punto de partida la reflexión teórica para poder realizar una adecuada descripción de la realidad. A su vez, los elementos discursivos han de integrarse con claridad expositiva e ir acompañados de un plan de acción futura que, teniendo en cuenta el lenguaje y los marcos de referencia comunes de la izquierda, conjugue el uso de diferentes formatos –tradicionales y modernos– que transmitan de forma complementaria y se refuercen mutuamente.

7

Referencias

Abramson, P. R., e Inglehart, R. (1992), "Generational replacement and value change in eight West European societies", *British Journal of Political Science*, 22: 183-228.

Anduiza, E., Cantijoch, M; Colombo, C.; Gallego, A. y Salcedo, J. (2010), "Los usos políticos de Internet en España." *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 129: 133-146.

Ayala, L.; Martínez, R. y Ruiz-Huerta, J. (1993), "La distribución de la renta en España en los años ochenta: una perspectiva comparada". Fundación Argentaria, I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza, vol. II, *La Distribución de la Renta*.

Boix, C. (1998), *Political Parties, Growth and Equality*. New York: Cambridge University Press.

Brundtland, G. H. (2006), "Informe Brundtland." Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo, ONU.

Castells, M. (2005), "La teoría de Lakoff." Nación.cl. http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20051003/pags/20051003193001.html (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Cramme, O.; Diamond, P. y Liddle, R. (2009), "Challenging the politics of evasion". Policy Network.

Del Rey Morató, J. (2007), *Comunicación política, internet y campañas electorales. De la teledemocracia a la ciberdemocr@cia*. Madrid: Tecnos.

Delany, C. (2008), "Online Social Networks in Politics: Promise, Frustration and..." e.politics. Disecting the craft of online advocacy. <http://www.epolitics.com/2008/08/27/online-social-networks-in-politics-promise-frustration-and/> (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

e-Xaps (2010), "Nuevas formas de comunicación institucional." <http://exaps.blogspot.com/2010/01/nuevas-formas-de-comunicacion.html> (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Esping-Andersen, G: y Parlier, B. (2010), *Los tres grandes retos del Estado del bienestar*. Barcelona: Ariel.

FEPS (2009), "Next Left. Responding to contemporary society." Foundation of European Progressive Studies.

Goldthorpe, J. H. (2010), *De la sociología: números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: CIS/BOE.

Gutiérrez-Rubí, A. (2010), "Las nuevas tecnologías en las campañas electorales." Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset. <http://www.slideshare.net/Antoni/nuevas-tecnologas-y-campaas-electorales> (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Hassel, A. (2009), "Reconsidering the Social Contract after the Crisis. Market and State in European Social Democracy." Friedrich Ebert Stiftung.

Inglehart, R. (1977), *The silent revolution: changing values and political styles among Western publics*, Princeton: Princeton University Press.

Lakoff, G. (2007), *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*. Editorial Complutense.

Maravall, J. M. (Ibidem) (1995), *Los resultados de la democracia*. Madrid: Alianza Editorial.

Melucci, A. (1996), Individualización y globalización. Perspectivas teóricas: Estudios Sociológicos del Colegio de México.

Nubiola, J. (2000), "El valor cognitivo de las metáforas." En Verdad, bien y belleza. Cuando los filósofos hablan de los valores, Pérez-Illarbe, P. y Lázaro, R. Pamplona.

Pfaller, A. (2009), "European Social Democracy – In Need of Renewal. Nine country cases & Seven policy proposals." In International Policy Analysis: Friedrich Ebert Stiftung.

Powell, F. (2007), *The politics of civil society. Neoliberalism or social left?* Bristol, UK: The Policy Press.

Rodríguez, J. A. (2010), "Ante las situaciones de crisis y de lucha ideológica, no queda más que elaborar un relato emocional desde el mundo sindical." Observatorio de Ciberpolítica. <http://www.joserodriguez.info/bloc/?p=2980> (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Rosenberg, S. y Leyden, P. (2007), "The 50 Year Strategy: A New Progressive Era (No, Really!)." Mother Jones // NDN. <http://motherjones.com/politics/2007/10/50-year-strategy-new-progressive-era-no-really> <http://ndn.org/paper/2009/50-year-strategy> (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Scharpf, F. W. (1991), *Crisis and Choice in European Social Democracy*. Londres, Cornell University Press.

Taylor, M. (2009), "Left brain, right brain." Prospect Magazine. <http://www.prospect-magazine.co.uk/2009/09/left-brain-right-brain/> (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Valenzuela, J. (2009), "Y las teorías de Lakoff se encarnaron en Obama." http://www.elpais.com/articulo/ensayo/teorias/Lakoff/encarnaron/Obama/elpepuculbab/20090124elpbabens_2/Tes (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Westen, D. (2007), *The political brain: The role of emotion in deciding the fate of the nation*. NY: PublicAffairs.

Wilkinson, R. y Pickett, K. (2009), *The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better*. UK: Allen Lane.

Worth, J. (2010), "Social Democracy in the e-society era." FEPS meeting. www.jon-worth.eu/downloads/feps.ppt (Fecha de acceso: 26 de marzo de 2010).

Otras publicaciones

Informes

Nuevas ideas para mejorar el funcionamiento de los mercados financieros y la economía mundial.

Decálogo de reformas para responder a una crisis sistémica.

(Diciembre de 2008)

La producción de los pequeños agricultores y la reducción de la pobreza.

Principios para un mecanismo de coordinación financiera (MCF)

de apoyo a los pequeños agricultores.

(Enero de 2009)

Un nuevo modelo energético para España.

Recomendaciones para un futuro sostenible.

(Mayo de 2009)

Ideas para una nueva economía.

Hacia una España más sostenible en 2025.

(Enero de 2010)

Impuestos para frenar la especulación.

Propuestas para el G-20.

(Mayo de 2010)

Documentos de trabajo

- 1/2009. ¿Cómo votan los españoles en las elecciones europeas?
Antonio Estella y Ksenija Pavlovic
- 2/2009. ¿Por qué es necesario limitar las retribuciones de los ejecutivos? Recomendaciones para el caso de España. Carlos Mulas-Granados y Gustavo Nombela
- 3/2009. El Tratado de Lisboa. Valores progresistas, gobernanza económica y presidencia española de la Unión Europea. Daniel Sarmiento
- 4/2010. Por la diversidad, contra la discriminación. La igualdad de trato en España: hechos, garantías, perspectivas. Fernando Rey Martínez y David Giménez Glück (coordinadores)

Documentos de debate

- 1/2009. Una propuesta para la elección del Gobierno Europeo. Antonio Estella
- 2/2009. Inclusión y diversidad: ¿repensar la democracia? Wolfgang Merkel
- 3/2009. El Estado Dinamizador antes y después de la crisis económica.
Carlos Mulas-Granados
- 4/2009. Programa para una política progresista: nota para el debate. Philip Pettit
- 5/2009. Liderando la Tercera Revolución Industrial y una nueva visión social para el mundo.
Jeremy Rifkin
- 6/2009. Prioridades económicas de Europa, 2010-2015. André Sapir
- 7/2009. La crisis económica global: temas para la agenda del G-20. Joseph E. Stiglitz
- 8/2009. Global Progress: un paso decisivo para establecer una agenda progresista internacional para el siglo XXI. Matt Browne, Carmen de Paz, Carlos Mulas-Granados
- 9/2009. An EU “Fit for Purpose” in the Global Era. Una UE adaptada a la nueva era global.
Loukas Tsoukalis, Olaf Cramme, Roger Liddle
- 10/2010. La estrategia 2020: del crecimiento y la competitividad a la prosperidad y la sostenibilidad. Antonio Estella y Maite de Sola
- 11/2010. La renovación liberal de la socialdemocracia. Daniel Innerarity
- 12/2010. La producción y el empleo en los sectores españoles durante los ciclos económicos recientes. Simón Sosvilla Rivero
- 13/2010. El modelo danés: un éxito en Europa. Mogens Lykketoft
- 14/2010. ¿Qué valor añade España a África subsahariana?: estrategia y presencia de España en la región. José Manuel Albares
- 15/2010. La Alianza de Civilizaciones: una agenda internacional innovadora. La dimensión local y su potencial en África. Juana López Pagán
- 16/2010. La crisis económica mundial en África subsahariana: consecuencias y opciones políticas para las fuerzas progresistas. Manuel de la Rocha Vázquez



Ludolfo Paramio, Irene Ramos Vielba,
José Andrés Torres Mora e Ignacio Urquizu

**LOS ACTUALES RETOS Y LA NUEVA AGENDA
DE LA SOCIALDEMOCRACIA**